

Pep Coll

# Las señoritas de Lourdes

Traducido por Laura-Remei Martínez-Buitrago



Oh, demonios, oh vírgenes, monstruos, mártires, almas  
cuya fuerza desprecia todo cuanto es real,  
siempre tras lo infinito, ya devotas ya obscenas,  
rebotantes de gritos o repletas de llanto.

Vuestro infierno conozco por haberos seguido  
mis hermanas, os amo y a la vez compadezco,  
porque es vuestro el dolor y la sed insaciable,  
y las urnas de amor que ocultáis en la entraña.

*Las flores del mal* (1858),  
CHARLES BAUDELAIRE

«Dios mío, ¡qué eterno se me está haciendo el purgatorio!», te quejas cada mañana cuando la monja portera abre la puerta de la capilla de Sainte-Hélène para que entren los primeros visitantes del día. En vida no te habías imaginado nunca así esta morada transitoria e incierta del otro mundo. Si alguna vez pensabas en ello, te dejaba indiferente. Al menos no te quitaba el sueño como lo hacían las imágenes estremecedoras del infierno que con colores tan vivos sabía pintar el rector de Lourdes desde el púlpito, ni tampoco te ilusionaba como el sueño de llegar a la Gloria, donde volverías a ver a la Santa Virgen, a tu querida madre y a la abuela Claire, rodeadas de angelitos entre los que reconocerías a tus hermanos muertos antes de tener uso de razón y a tus hermanos de leche, hijos de la nodriza de Bartrès, y a tus sobrinos, todos ellos muertos poco después de nacer, a veces con el tiempo justo de estamparles la señal de la cruz. Suerte habían tenido de este bautizo de urgencia, si no habrían ido a parar al limbo, un lugar oscuro y extraño donde los recién nacidos aún ensangrentados

tienen que convivir con los patriarcas barbudos del Antiguo Testamento.

Decididamente el purgatorio no te daba muchos quebraderos de cabeza. Tu último confesor, el padre Febvre, lo comparaba con la sala de espera de una estación de ferrocarril parecida a la de Nevers. Los andenes son un hormiguero de difuntos que suben a los trenes blancos que continuamente entran por la vía principal y, una vez llenos, parten hacia la Gloria después de que un ángel les dé la salida a golpe de trompeta. También la sala de espera está llena de viajeros, aunque a estos, al no disponer de billete, no se les permite coger el tren, ni siquiera acceder a los andenes. Una reja de hierro separa la sala de espera de la nave principal, flanqueada de taquillas, cada una con un sacerdote que vende los billetes. Es el mundo de los vivos. Hacen cola conversando animadamente entre ellos, o leen periódicos sentados en los bancos, o devoran la merienda que llevan en las cestas, sin hacer caso de los viajeros de la sala de espera que desde el otro lado de la reja les hacen señas y mendigan por el amor de Dios que les compren un billete para el expreso al cielo. «¡Tened misericordia de un pobre difunto olvidado de todos que hace siglos que se pudre en el purgatorio!»

¿Acaso piensas, Bernadeta, que los vivos ya no se acuerdan de ti? Bernadeta, así es como quiero llamarte, tal como tu nombre suena en gascón, la lengua de Lourdes que tú hablabas de pequeña y que después de las apariciones abandonaste y de la que te avergonzabas como una miseria más de tu infancia. ¡Los vivos se acuerdan de ti incluso demasiado! Y no me refiero solo a los visitantes de Nevers, sino a los millones de devotos que manosean tu imagen grabada

en los rosarios, o calientan con el pecho las medallas con tu efigie colgadas en el cuello, o contemplan tu figura de cuerpo entero, arrodillada a la izquierda de la gruta y con la cabeza alzada hacia la Aparición, estampa esta reproducida en papel, en la cera de las velas, en el plástico de las garrafas, sobre todo tipo de figurillas y *souvenirs*. Millones de peregrinos rezan cada año delante de la gruta de Lourdes, o delante de la gruta de imitación del patio de aquí afuera y de las miles de grutas falsas diseminadas por toda la Cristiandad. Sin embargo, los vivos rezan por ellos, no por ti. Se arrodillan para pedirte que pongas remedio a alguna enfermedad que sufren y que les garantices la entrada en la gloria del cielo, donde dan por hecho que tú te encuentras desde el mismo instante en que moriste. No se les pasa por la imaginación la posibilidad de que estés en el purgatorio. ¿Cómo es posible que no esté en el cielo una santa que tuvo el privilegio en vida de contemplar a la Madre de Dios, que ha obrado quién sabe cuantos milagros y por eso fue beatificada y después canonizada por el papa Pío XI?

Tú tampoco lo entiendes, Bernadeta. En las tardes interminables del mes de agosto, harta de aguantar las miradas de devoción, de curiosidad y de asco, no puedes evitar rebelarte contra el destino de animal disecado dentro de una vitrina de museo. En esos momentos de desesperación, incluso dudas de la justicia del cielo. ¿Cómo se explica que, con motivo de tu santificación en el año 1925, el Papa concediera el privilegio de la indulgencia plenaria a los que peregrinaran a Lourdes, es decir, que se aseguraban el cielo, mientras que tú, la auténtica fundadora del santuario de los Pirineos, continuases purgando Dios sabe qué falta dentro de un féretro de cristal? ¿Dónde está el paraíso que la San-

ta Virgen te prometió en la tercera aparición cuando te dijo que sufrirías en el mundo de los vivos a cambio de hacerte feliz en el otro? Las quejas al cielo no duran mucho. Enseguida reconoces que los designios de Dios son inescrutables y te arrepientes de tu orgullo: «Perdonadme, Señor, la carne es débil, ya lo sabéis. Más aún cuando hace más de cien años que está muerta.»

Confiabas que una vez muerta y enterrada, los vivos definitivamente dejarían en paz tu cuerpo. Tal como habías pedido antes de morir, de momento te dieron sepultura en la capilla del huerto de Saint-Gildard, dedicada a san José, patrón de la buena muerte. Al cabo de treinta años, el día 22 de septiembre de 1909, sentiste que el ataúd se movía. Ni muerta me dejan tranquila, los maldijiste. ¿Dónde diantre me quieren llevar ahora? Los vivos de principios del siglo XX no tenían la intención de cambiarte de tumba, sino de algo peor como era abrir el ataúd para hacer el reconocimiento del cuerpo. Tras arrancar las tachuelas de madera y cortar el forro de plomo, te sacaron de la caja y te pusieron sobre una mesa cubierta con un paño blanco y rodeada de monjas del convento, de las autoridades religiosas, civiles y judiciales de Nevers, y naturalmente de los operarios que te habían desenterrado. Al retirar la sábana, todos quedaron maravillados al ver cómo tu cuerpo se conservaba incorrupto e inodoro, exactamente como treinta años atrás cuando te habían metido en la sepultura. Nunca te habían observado al mismo tiempo tantos hombres importantes, y con miradas morbosas y llenas de curiosidad. Devolvedme a la tumba, por el amor de Dios os lo ruego, les implorabas con la lengua seca que no te obedecía. Y aunque te hubiera obedecido no te hubieran hecho caso porque ya se

sabe que los vivos no escuchan nunca la voz de los muertos y que los usan según sus conveniencias. Te quitaron el hábito como pudieron, a veces a golpes de tijera o bien arrancando piel y todo cuando el tejido se había pegado. No pararon hasta que tu cuerpo quedó desnudo por completo, tal como tu madre te había parido un día frío de invierno de 1844. ¡Qué vergüenza, Virgen Santísima! En vida, tan solo tu madre y la nodriza Marie de Bartrès te habían visto desnuda. Ahora yacías expuesta a las miradas impúdicas de los hombres más respetables de toda la ciudad, mientras el doctor Jourdan te tocaba la pierna, manoseaba aquí y allá, golpeaba con los dedos enguantados la piel apergaminada del vientre, que resonaba, *toc toc*, como si fuera de cartón. Acabada la inspección, las autoridades se volvieron a sus palacios de la ciudad, y tú te quedaste sola con tres monjas de Saint-Gildard. Como tu piel se había ido volviendo de color oscuro debido al contacto con el aire, a las hermanas no se les ocurrió otra cosa que lavarte con agua y jabón. Confiaban en que así recobrarías la milagrosa pureza que mostrabas en el momento de abrir el ataúd. Cuanto más frotaban, peor. A fuerza de estropajo arrancaron pieles, algún que otro cabello y la uña del dedo índice de la mano derecha. Por fin, hacia media tarde te metieron en un ataúd nuevo acolchado con seda blanca y te introdujeron en la misma sepultura.

Pasados diez años, interrumpieron de nuevo tu reposo con motivo del proceso de beatificación y santificación que el papa Pío X había abierto un año antes de la Gran Guerra. En el momento de abrir el ataúd no se produjeron los aspavientos de la primera vez, ya que tu cuerpo, medio andrajoso y manchado aquí y allá de moho, presentaba un aspecto

lamentable, por culpa de los restos de jabón que habían quedado de la limpieza. Esta vez no se atrevieron a manosearte, lo que te hizo pensar que a partir de entonces te dejarían descansar en paz. ¡Santa inocencia! ¿Cómo quieres que los sacerdotes abandonen bajo tierra una mina de reliquias como es para ellos tu cuerpo?

La mañana del 18 de abril de 1925, con la misma excusa del proceso de beatificación, levantaron la losa de la tumba por tercera y última vez. La capilla de San José era demasiado pequeña para acoger a todo aquel gentío de curiosos. La mayoría iban vestidos con hábitos religiosos: el obispo de Nevers, canónigos y miembros de los tribunales eclesiásticos y, naturalmente, toda la comunidad de monjas de Saint-Gildard. Con ropa de seglar había dos albañiles y un carpintero, dos médicos forenses, el doctor Comte y el doctor Talon, el representante del ayuntamiento de Nevers y monsieur Mabile, comisario de policía que tenía algo de Jacomet, el comisario de Lourdes que tanto te hizo sufrir el primer mes de las apariciones. Una vez abierto el ataúd, te pusieron sobre un túmulo montado en medio de la capilla de Sainte-Hélène para que todo el círculo de asistentes pudiera contemplar las vergüenzas de tu pequeño cuerpo, seco como un bacalao. Después de cuarenta y seis años de sepultura, te habías quedado con la piel y los huesos. El doctor Comte, armado con un bisturí, se inclinó sobre ti, de igual manera que el carnicero el día de la matanza se inclina sobre el cerdo abierto en canal. Son capaces de despedazarme, te horrorizaste. El carnicero se giró hacia la madre general de Saint-Gildard como queriendo decir dónde tengo que cortar. Esta, sin embargo, cedió el privilegio al obispo, como suprema autoridad de la diócesis. Que fuera él el que eligiera primero.



—El corazón —sentenció el gallo de púrpura. Y susurró a la madre general que el señor obispo de Tarbes le había pedido el corazón para el relicario de la basílica de Lourdes.

¡El corazón, no!, gritaste sin voz. ¡Por favor, no me arranquéis el corazón! ¿Qué será de mí el día del juicio final cuando mi cuerpo, enfermizo de por vida, tenga que resucitar purificado por el Señor? Y te inclinabas tanto como podías hacia el lado izquierdo, con el brazo encogido en el pecho, como si esta postura te pudiera defender del bisturí. El doctor Comte hurgaba aquí y allá en la cavidad de las costillas sin decidirse a cortar. Finalmente se bajó la mascarilla de la boca:

—Es un poco complicado. Tengo miedo de estropear el pecho.

—El corazón quisiéramos que se quedara en Nevers, monseñor —pidió tímidamente la madre general, con una vocecita de humildad hipócrita—. Quisiéramos conservar en Nevers el cuerpo entero.

El de púrpura no insistió, eligió otro trozo:

—Pues el hígado.

Entonces el doctor Comte perforó más abajo, en el otro lado de los brazos que mantienes doblados sobre el pecho, hasta que te encontró el hígado y según cuenta la crónica oficial del hecho, él fue el primero en maravillarse del perfecto estado en el que conservabas este órgano. Una vez cortada la pieza entera, la mostró a su compañero, el doctor Talon, después al obispo y finalmente a la madre general, que no cesaba de suspirar: ¡Milagro! ¡Milagro! Los suspiros se contagiaron a los demás espectadores, especialmente entre las monjas; todas se hacían cruces ante la

visión de aquel órgano que al cabo de tantos años conservaba la misma frescura y el buen aspecto de un hígado de cordero aún caliente y humeante, recién arrancado de las entrañas.

Los carroñeros no se conformaron con el hígado. A instancias del obispo, maestro de ceremonias de aquel ritual macabro, el doctor Comte te extrajo una costilla del lado derecho, dos cartílagos, uno de cada pierna, y las dos rótulas de las rodillas. Por fin, cuando los cuervos levantaron el vuelo, el doctor, ayudado por dos monjas, vendó tu cuerpo mutilado, dejando solo al descubierto la cara y las manos. Te metieron dentro del ataúd, pero no te devolvieron al sepulcro de la capilla de san José como tú deseabas. El peor tormento solo tardaría en llegar tres meses y medio. A primeros de agosto, tan pronto como llegó de Lyon la flamante caja de vidrio con ornamentos dorados confeccionada en los talleres Armand Caillart-Cateland, cubrieron tu cuerpo con los hábitos nuevos de las hermanas de la Caridad de Nevers, la cara con una mascarilla de cera y las manos con un molde también de cera, y te dejaron expuesta en un altar lateral de la capilla de Sainte-Hélène. Al día siguiente mismo comenzaron las visitas.

Desde entonces, devotos de todo el mundo vienen en peregrinaje hasta tu sepulcro dorado y transparente, y mientras murmuran una plegaria, escrutan la línea entre las pestañas intentando imaginar los ojos que tuvieron el privilegio de ver dieciocho veces a la Virgen María. No se imaginan que bajo los párpados falsos solo hay unos ojos secos, hundidos dentro de las cuencas de los huesos del cráneo. Desfilan cada día, de acuerdo con un horario regulado que es-

tablece ocho horas y media de visitas los meses de invierno, y once y media en verano. Tímida y huraña como habías vivido siempre, este es el peor infierno que el Dios más vengativo te hubiera podido reservar en el otro mundo. «He venido aquí para esconderme», habías confesado a la madre general al llegar a este convento. Treinta años tan solo te permitieron descansar en paz, en la intimidad de la muerte. El paréntesis de la capilla de san José, comparado con los ochenta años que hace que te exhiben dentro de la vitrina, y sobre todo con la eternidad que te queda por delante, no te supone gran cosa más que una pequeña siesta.

Tienes para años, Bernadeta. No confíes en que de este purgatorio te puedan sacar ni Dios ni María Santísima. Y no te hagas ilusiones con los humanos, no esperes que algún día estalle una revolución y que los sublevados de Nevers monten una gran hoguera con tu sepulcro en el patio del convento, que la humareda se eleve hasta las nubes y con un poco de suerte el viento te lleve Francia abajo hasta el cielo de Lourdes... ¡No dejes volar la imaginación, Bernadeta! Los revolucionarios del siglo XIX, aquellos exaltados que cada vez que se proclamaba una república nueva le pegaban fuego a las iglesias, a las reliquias, a todo lo que oliera a sagrado, ¡ya han pasado a la Historia! Aunque, pongamos por caso, si estallara hoy en Francia una revuelta, te dejarían tranquila, nadie se apiadaría de tu cuerpo insepulto. En las hogueras de la revolución solo se queman los símbolos odiados, y que sepas que para la mayoría de franceses la religión que representas les es indiferente. Ahora hasta los más incrédulos te consideran un objeto cultural que hay que proteger. He aquí cómo, mientras

para algunos continúa siendo una santa, para la mayoría de franceses te has convertido en una especie de momia egipcia de cuarta categoría. Tu sepulcro, conocido como la *Chasse de Bernadette*, forma parte de los bienes culturales y turísticos del departamento de Nièvre, comparable al vino de Borgoña, a la porcelana azul de Nevers o a la genuina raza de vacas charolesas. A principios del siglo XXI, los peregrinajes turísticos van camino de convertirse en la nueva religión laica de Occidente. De modo que, mira por dónde, esta puede ser tu única y frágil esperanza. A muy largo plazo, por supuesto, cuando aparezcan los primeros iconoclastas de los rituales turísticos.

Yo no he venido expresamente a tu sepulcro de Nevers por devoción ni por curiosidad turística, ni para restregarte las vergüenzas de tu cuerpo insepulto, sino para escucharte. He venido para que me cuentes la verdad de las apariciones. En vida no lo hiciste y esta es, como en el fondo tú sabes, la causa de las penas que hace más de cien años que purgas. Siempre te molestó que te preguntaran sobre las apariciones, huías de ello tanto como podías, y cuando no te quedaba otro remedio, recitabas como un loro una historia que habías memorizado y que a fuerza de repetir miles de veces te llegaste a creer. Cuéntame lo que realmente viste en la cueva de Massabiella, cuéntame los amores ocultos que tuviste cuando eras una santa famosa, cuéntame las dudas posteriores en el convento de Saint-Gildard y cuéntame, sobre todo, los secretos que te reveló la Santa Virgen y que tú te negaste a confesar incluso al Papa y que te llevaste a la tumba. Si tu confesión es sincera, haré lo que pueda para liberarte del purgatorio. Y ahora no quieras saber quién soy, trátame sencillamente de *señorita*, el mis-

mo trato que diste a la aparición cuando no te había rebelado aún que era la Santa Virgen.

¡Venga, Bernadeta! Puedes comenzar si quieres con la misma frase con la que comenzabas el relato de las apariciones cuando aprendiste a escribir: «La primera vez que fui a la gruta...»